
Meandros y enigmas de la imagen / Àlex Mitrani

(Texto del catálogo de la exposición "pintures", 2010. Museu d'Art Modern de Tarragona. también incluido en la revista Artnotes. nº 31, febrero 2010, p. 34.)

apis, bomod, pedelpe... Son algunos de los nombres sugerentes que Diego Pujal pone a sus obras, no sabemos si para titularlas o para describir los extraños objetos que levitan en su centro. Estas palabras inauditas surgen de la contracción de los términos que explican, según caprichosas analogías, las formas aparecidas en sus cuadros. El hecho de recurrir al neologismo no es gratuito. Señala la necesidad de inventar un lenguaje y una taxonomía para identificar algo nuevo e insólito. Como son términos inventados y no convencionales, paradójicamente, en lugar de definir y concretar refuerzan el enigma. Su precisión forma parte de un juego de engaño que acompaña el desafío visual que plantea el artista. Que las cosas sean a su vez evidentes y extrañas es un descubrimiento fascinador e inquietante -sinistro, si empleamos el término aceptado para traducir el Unheimliche de Freud-. Para descubrir la ambigüedad y la profundidad surgidas de la evidencia, de la obviedad de lo visible, el arte es una herramienta de gran eficacia. Y el arte, como tantas cosas en la vida, sigue caminos sinuosos.

La función sistemática y analítica de buena parte de la pintura abstracta, fundamentada en unos preceptos formalistas y una rígida lógica interna según el modelo que Clement Greenberg distinguió y teorizó, podría hacer pensar en un agotamiento interno de sus opciones. Pero van en contra de esta posibilidad la constatación no sólo de su constancia a lo largo del siglo XX, sino el interés que están concentrando como opción creativa para muchos artistas los últimos años. La tensión narrativa y ornamental de John Tremblay, la elegancia un poco retro de Tomma Abts (premio Turner 2005), el futurismo retórico de Frank Nitsche o la pintura expandida e invasora de Katharina Grosse son algunos ejemplos.

La obra de Diego Pujal, que ha madurado en su momento y que se está desarrollando ahora y aquí, en nuestro país, encaja en esta inquietud y posee una coherencia, una originalidad y unas cualidades propias que la deben hacer merecedora de nuestra plena atención. En el caso de Pujal, hay quien está tentado de ligarla, genealógicamente, con la del dadaísta Jean Arp. No sería del todo incorrecto, por el descubrimiento del lirismo y la vitalidad regeneradora de la forma y el azar que hizo el alsaciano. Pero Pujal no se limita a prolongar su repertorio biomórfico, como pasó con cierto amaneramiento de la segunda vanguardia. Muy al contrario, hace unas aportaciones específicas y conectadas directamente con la cultura visual del siglo XXI.

Uno de los debates fundamentales de nuestra época radica en las estrategias de gestión de la cultura visual. En la época de los medios de masas y de la seducción de lo virtual, saber cómo definimos lo real, cómo constituimos el lenguaje y cómo entendemos los códigos, es una cuestión esencial o, sin embargo, uno de los entretenimientos más productivos y liberadores.

Lo que fascina de los cuadros de Pujal es que es muy difícil describir lo que vemos y su esencia. De hecho, no son imágenes. Son cosas, son entes: cosas que son. Las imágenes pretenden ser el reflejo de una realidad susceptible de ser vista físicamente. En cambio, sobre las curvas y los rompientes de las formas de

Pujal se desliza toda posibilidad de adherencia en un referente fijo. Lo que tenemos delante no son representaciones; son formas existentes en sí mismas, fuera de la dualidad realidad física e imagen. Pertenecen a otra existencia, difícil de determinar. Pero lo que sorprende -insistimos- es su presencia y la constitución como ser. No son nada (o nada reconocible claramente) pero al mismo tiempo parecen indudablemente persistentes, como unos cuerpos naturales o artificiales. Paradójicamente, estas entidades de las pinturas de Pujal se hacen posibles en la bidimensionalidad, en un terreno ideal e imaginado.

A pesar del aspecto pulido y tecnificado, estas obras están realizadas y, lo que es más importante, concebidas a mano. Pujal empieza por dibujar a lápiz sobre el papel, hasta que encuentra, por una mezcla de azar, de lógica formal y de combinatoria del material acumulado, una forma que le satisface. Después la traslada al lienzo y es entonces cuando acaba de determinar su cromatismo. El trabajo de Pujal no parte del software informático, tan habitual hoy en día entre los pintores, aunque lo pueda utilizar para ciertas fases como herramienta útil para hacer pruebas de escala o de color, por ejemplo. Esto quiere decir que las soluciones que encuentra no están determinadas por las herramientas y los procesos convencionales del ordenador. No es que utilizarlos sea ilegítimo artísticamente, muy al contrario, puede ser de gran interés. Queremos remarcar que el trabajo de Pujal se genera fundamentalmente con el cuerpo, con la mano, y con la elaboración intelectual de lo que se puede obtener con los medios más desnudos. La simplicidad de las líneas y las formas esconde una complejidad intrigante. Sombras, cortes, articulaciones, cambios de escala provocan una peculiar mezcla entre tridimensionalidad y signos gráficos. Es un trabajo impactante, a menudo luminoso y deslumbrante con sus amarillos y tonos fluorescentes, que incluye detalles y gestos extremadamente sutiles. Por ejemplo, Pujal tiende a barnizar sus cuadros, pero lo hace diferentemente para cada uno de ellos, porque la veladura forma parte de la pieza y puede contribuir a su nocturnidad o a provocar unos reflejos que hacen su lectura más exigente y alambicada. Unas veces parece querer concentrar nuestra atención, otras dispersarla.

La propuesta de Diego Pujal no se puede reducir al formalismo, ni al pop psicodélico, ni a una deriva ornamental de la abstracción, aunque, quizá, incluye polémicamente algunos de estos aspectos. Pujal ha conseguido definir un discurso que más que un estilo es una forma de plantear una serie de problemas de orden estético, estimulando la retina y el intelecto. Desde que vi por primera vez un cuadro suyo, hace un par de años, soy incapaz de olvidarlos. Los reconozco a la primera, sin duda. Reconozco estas imágenes, pero aún no he acabado de conocerlas a fondo. Tendremos que seguir indagando su superficie.